

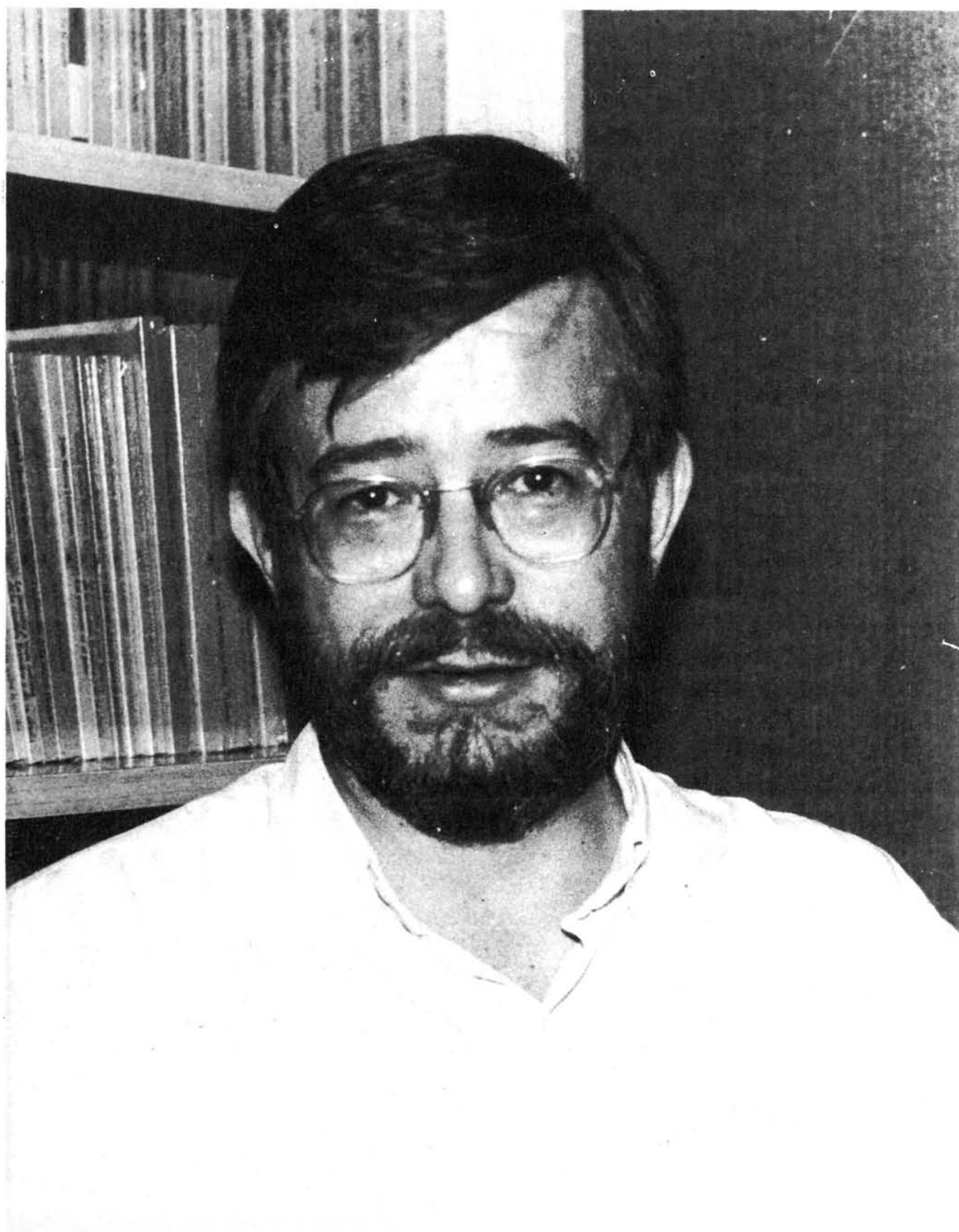
puntualmente en las novelas anteriores, donde los protagonistas son víctimas porque se manifiestan incapaces de derrotar a esos demonios colectivos que han heredado, y el que se desencadena trágicamente en esta última, pero del cual el personaje sale indemne, gracias a su condición puramente novelesca. *El esperado* —ha dicho Guelbenzu— «no es la historia de un perdedor, del héroe quizá triste, quizá falso»³², sino la aventura de un personaje que va poseyendo a sus poseedores, porque se va situando más allá y más arriba de su realidad. La tragedia familiar que es eje argumental de esta novela no tendría sentido si no contáramos con ese testigo que es León; si, tras asistir a ella, el personaje no hubiese sido capaz de renunciar a la miserable realidad en que se desarrolla, para salir renovado de su dolorosa experiencia y —en un gesto de romántica rebeldía— entregarse a la fascinación de la muerte.

El protagonista de *El esperado* se ha librado de la dictadura de la realidad porque, atraído hacia los niveles profundos de la ficción, dejándose llevar por el azar que rige sus encuentros³³, alcanza el conocimiento único e innombrable que era su verdadero destino. La inseguridad e impotencia que el mundo de los adultos transmite a León y a Jaime sólo pueden ser vencidas por aquel de los dos que, ajeno a tales miserias, cuenta con una peculiar madurez intelectual (es el caso de León) para superar la última frontera que se alza ante él. El otro (y así sucede con Jaime) sólo podrá optar por la violencia desesperada. Es la consecuencia lógica de aquella progresión apasionada hacia el conocimiento de la vida y hacia el reconocimiento del individuo como protagonista excepcional de la misma, motor de toda la obra narrativa de Guelbenzu. En una primera etapa, el novelista establecía las reglas del juego, contemplando irónicamente su propia existencia reflejada en sus criaturas literarias; a partir de ahora (y no debemos olvidar que *El esperado* inicia una posible trilogía) el personaje decide los límites de su propia realidad y controla su educación sentimental, convirtiéndola en un aprendizaje mucho más sugestivo, pues aparece como una sucesión de situaciones límite donde —como protagonista único— debe elegir. («En su dilema, León comprendía que habría de decidirse a tomar partido si deseaba seguir indagando en un mundo que cada vez se le aparecía más misterioso y turbio y al que las sombras del pasado sobrevolaban como aves carroñeras» (*El esperado*, pág. 144).

León emprende un viaje desde Madrid a una pequeña localidad de la costa cantábrica, con motivo de sus vacaciones. Es un esquema argumental conocido, pues los personajes de Guelbenzu siempre salen del mundo cerrado y ajeno —diríamos artificial— de la ciudad para buscar espacios abiertos donde sea posible recuperar la memoria (*La noche en casa*) o encontrar sentido a su existencia (*El río de la luna*). León cumple un destino similar, pero su objetivo no se reduce a la simple comprobación, diríamos anecdótica, de su personalidad, sino que «de es preciso perderse para hallarse y (...), si la audacia le acompaña, deberá adentrarse para no perder su vida, aun al

³² DASSO ZALDÍVAR: *Loc. cit.*

³³ Como alguna vez declaró él mismo, Guelbenzu aprendió de Cervantes la viveza que en la novela tiene el azar de los encuentros, durante el recorrido que hace el protagonista. Desde que se decide a sacar a sus personajes de Madrid, se impone tal estructura para sus novelas; pero será en *El esperado* donde, a mi entender, alcanza su máxima eficacia y su más rico significado tal recurso.



José María Guelbenzu.

precio de que la muerte le sorprenda» (*El esperado*, pág. 171). El verano y las vacaciones vuelven a ser tiempo propicio para el encuentro con la aventura; pero, en esta ocasión, «aquel verano dejó de ser una atrayente aventura juvenil para convertirse en un primer encuentro con el abismo» (*El esperado*, pág. 198). La acción del personaje ya no se justifica en la superficie de los acontecimientos, por muy sugestivos que puedan ser, sino en un nivel más profundo e inquietante, abierto por aquellos mismos sucesos, que convierte lo que había sido lucidez trágica —derivada de la libertad con que se vivían las relaciones amorosas o los conflictos personales— en una lucidez liberadora, surgida de la experiencia de una opresión desmedida e irracional. Así, este viaje conduce a León hasta un lugar cerrado también; hasta un espacio dispuesto para la ceremonia final («un mundo extraño en el que nada de mi casa había que no fuera yo mismo», *El esperado*, pág. 25), que exige al protagonista un segundo viaje (la excursión a la casa de Regina) para establecer una valoración distinta del espacio, tan significativo en esta novela, en contra de lo que sucedía en las anteriores, sometidas al plazo de tiempo en que los protagonistas debían consumir su encuentro. En *El esperado*, los cambios de lugar y las bruscas variaciones atmosféricas —de la inquietud temerosa al esplendor bonancible— dan al espacio una novedad radical; lo mismo que sucede con las minuciosas descripciones de Solano, de la casa —sobre todo—, del barco, y hasta con la transfiguración literaria del paisaje en dos secuencias muy significativas, muy oportunas; formulación explícita de lo conseguido por el protagonista: su acceso a la totalidad (vid. págs. 105 y 157).

Se trata, por tanto, de un espacio ritual que se transfigura a medida que nos acercamos al final: desde la presentación del lugar como escenario inédito se pasa, poco a poco, a la tensión simultánea entre tierra y mar, entre quietud y aventura o entre la violencia del Guapo y la anhelante conquista de León, para concluir en el círculo del sacrificio al que conducen todos los caminos de la anécdota y donde se producirá la ceremonia del encuentro y revelación final: última transmutación, en la cual tienen especial influencia las fuerzas desatadas de la naturaleza. («Muy cerca estuve yo de saber que, en aquellos momentos, Solano fue un hervidero de tensiones (...) y que a la noche siguiente, a sabiendas de todos, iba a estallar no la tormenta que desde el mediodía venía anunciándose (...), sino un turbión de pasiones que convirtieron a Solano en un pueblo del que habría de hablarse en la comarca durante muchos años», *El esperado*, pág. 220), que debido a su violencia borran la objetividad mantenida como referente durante todo el relato y establecen la imprevista visión de un escenario teatral en el que León contempla los hechos trasladados a su dimensión onírica. Para Leopoldo Azancot³⁴ se trata de un artificio de difícil justificación, tal vez porque no tiene en cuenta que es el resultado de la voluntaria ambigüedad manejada por Guelbenzu, quien, después de mantener una posición distanciada e irónica en sus libros anteriores, borra por completo los límites entre la peripecia interior del personaje y su objetivación narrativa, precisamente porque el protagonista se sitúa en un nivel de conocimiento que excluye la alternativa anterior.

El uso de la primera y tercera personas condiciona el punto de vista, pero quizá

³⁴ «*El esperado*, de José M.^a Guelbenzu». *ABC*. Madrid, 29 diciembre 1984.

más el ritmo de la novela que se debate entre la morosidad y arborescencia subjetivas, expresión del tiempo interior y reflexivo de la anécdota, y la desnudez de las situaciones y diálogos (homenaje a y superación de la narrativa realista: vencido el tabú, pueden usarse sin más sus recursos), para establecer una distancia textual —como en las anteriores novelas— producida ahora dentro del propio espacio de la narración, no desde la sabiduría de un novelista *deus ex machina* del discurso. La narrativa de Guelbenzu incorporaba las voces al discurso e integraba las situaciones en la fluencia de la narración, y el autor marcaba la distancia entre ambas; en *El esperado* cada segmento tiene su independencia y su ritmo y progresión particular: lo visto y vivido interiormente por el protagonista, desde la sentimentalidad romántica de su condición marginal y confusa. («Aún hoy el recuerdo de aquella claridad me sorprende (...). Acaso sea ella la que me impulsa a recordar como lo estoy haciendo. Me pregunto si no seré yo quien la persigue, en realidad», *El esperado*, pág. 174); y rebelde, además, pues se manifiesta con una evidente libertad poética; tiene su doble en una serie de situaciones complementarias que, despojadas de aquella proximidad sentimental, son expresión dramática de la misma peripecia resuelta, al final, con un naturalismo de tintes expresionistas —y hasta tenebristas— en las secuencias del enfrentamiento entre Pepín y Arturo («a la manera de un teatro en claroscuro en el que el drama se concentra como un punto en la zona de luz, pero cuya más alta tensión se genera en las sombras que lo contemplan implacablemente», *El esperado*, pág. 269) o en las últimas escenas, donde el espacio ya es una zona sagrada y separada, por tanto, de la vulgaridad anecdótica.

Dos formas de lectura, que serán tres cuando se introduzca —en ese final— una nueva perspectiva sobre la dimensión simbólica de lo inefable, que hará del personaje un verdadero triunfador, más allá de la estéril pugna entre los sucesos y su interpretación individual. Por eso, el ritmo de la tercera parte es más vivo, incluso en las secuencias subjetivas: los acontecimientos se precipitan (en la búsqueda de la mujer —para el Guapo, guiada por el temor y la pérdida; para León, guiada por la celebración y el triunfo—; en la búsqueda de Jaime; en la rendición de cuentas de los otros...) y el lenguaje se hace mucho más literario, con una inflexión final muy marcada que se constituye en una nueva forma de conocimiento para el protagonista, y que contiene la clave de tal revelación: Regina hace valer su ambigüedad pasiva y su indudable grandeza como sabiduría final alcanzada por León y tan difícil de expresar verbalmente. De ahí que sea Regina misma quien defina el sentido final de la peripecia del protagonista, intruso en un mundo sacudido por tan fuertes pasiones. («Y si he de decir la verdad, te esperaba, aunque no hubieras venido yo te esperaba. O mejor dicho: te esperábamos. Aunque ninguno de nosotros conociéramos antes tu nombre ni tu condición», *El esperado*, pág. 265). León es el personaje que devuelve a quienes, desde este lado, se identifican con él, la confianza de que la experiencia vivida y explicada en las sucesivas anécdotas que Guelbenzu ha contado en sus novelas, no sólo ilumina la verdad individual y colectiva de sus vidas, sino que se propone ya como una posibilidad de superación de los traumas y demonios aniquiladores de aquella personalidad. De ahora en adelante, los personajes de Guelbenzu han de establecerse en estas nuevas coordenadas de absoluta libertad, porque son conscientes

—como León— de que «el mensajero, el que avanzaba a su encuentro por los inciertos caminos del cuerpo que ahora se desbordaba emocionado, había alcanzado su destino» (*El esperado*, pág. 305).

JORGE RODRÍGUEZ PADRÓN

Descubridores, 23, 4.º B

Tres Cantos - Colmenar Viejo

MADRID